

CULTURA Y LITERATURA
VENEZOLANAS

NO TAN SÓLO UN GÉNERO MENOR... LAS CARTAS DE SIMÓN BOLÍVAR

Susana Zanetti - Celina Manzoni

«En medio de los Andes, respirando un aire mefítico que llaman soroche, y sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a Ud. esta carta que deberá estar helada, si un cóndor no la lleva y la hace calentar con el sol». Así escribe Simón Bolívar al vicepresidente de la Gran Colombia, Francisco de Paula Santander, desde Pallasca, en la sierra central del Perú en diciembre de 1823. Creemos que estas pocas líneas sirven muy bien para encabezar este intento de definición de Bolívar escritor o, mejor dicho, de la escritura de Bolívar. Escritura americana, apoyada y nacida en medio de la magnitud de la naturaleza andina, que sustenta uno de sus tonos más persistentes. Idea de grandeza de la misión y de la gloria, así como de su peculiaridad.

Cartas, proclamas, discursos, manifiestos, decretos, oficios, así como una biografía breve de Sucre¹ -escritos en parte por Bolívar, casi siempre dictados, que llevan su rúbrica o sin firma, apócrifos adulterados o atribuidos- constituyen las Obras del Libertador que ocupan once volúmenes en la clásica edición de Vicente Lecuna. Diversos amanuenses, distintos destinatarios, imposiciones de géneros diferentes así como de las funciones de cada texto, se conjugan para producir una escritura que no sólo distingue, en lo individual, a la de Bolívar, sino que contribuye a conformar de manera principalísima los rasgos de una literatura hispanoamericana de la emancipación, constreñida en buena medida por los cá-

nonnes de un neoclasicismo en retirada, pero a la vez impulsada y dirigida por las necesidades de otorgar a la palabra los alcances de un arma en la lucha. La letra es más que nunca un arte de persuadir, de difundir la causa revolucionaria, de discutir sus modos y sus fines. Los avatares de lo cotidiano, las penurias y los placeres de la vida menuda, así como los conflictos y las pasiones se cuelan, hasta asumir a veces papel protagónico en un discurso que, con frecuencia, se propone como el vehículo por excelencia de la razón y de la idea.

Con el fin de articular un corpus relativamente homogéneo centraremos nuestro trabajo en las cartas del Libertador², no sólo para asegurarnos una más adecuada organización de la diversidad de temas, tópicos, información, diversidad de tonos y riqueza expresiva, sino porque pensamos que estas breves consideraciones pueden constituir un aporte al estudio de un género tan necesario de definición y de revisión orgánica como lo es el género epistolar en la América Hispana de los siglos XVIII y XIX.

Sin dudas los discursos y manifiestos son material indispensable para el conocimiento del ideario político de Bolívar, así como las proclamas y oficios abundan en datos inapreciables sobre la lengua americana de la época³. Pero es en las cartas donde pareciera concretarse su escritura en todos sus registros, con todas sus posibilidades, donde el texto adquiere un espesor que ha dejado muy atrás las cualidades meramente comunicativas de la palabra. El mismo Bolívar elige esa forma entre otras posibles, para su famosa *Carta de Jamaica*, de importancia fundamental en su proyecto libertario y entre los documentos de la época.

Bolívar dio a la palabra escrita papel principalísimo. Si bien es cierto que otros protagonistas de la independencia dejaron escritos, en general sus memorias u otros materiales, fueron redactados después de concluir el período revolucionario o bien no alcanzan a cubrir con esta riqueza todos los años de la lucha. La variedad de los escritos, el que se escribieran al calor de los combates y de las disputas -es más, que los mismos textos tuvieran papel protagónico, que ellos mismos fueran esos hechos-, dan un registro inmediato, complejo y personalísimo a la gesta del Libertador.

²Trescientos catorce documentos salidos en cincuenta y nueve días de la Secretaría General de Pativilca, nos daría en este libro (se refiere a *Al margen de la epopeya*) una extensión de 496 páginas para que nos

podamos permitir ni siquiera señalarlos». Esta afirmación de E. González⁴, es suficientemente ilustrativa de lo dicho. Vicente Lecuna, por su parte, calcula en unas diez mil, las cartas escritas por Bolívar. Por cierto, una tarea de esta envergadura escapa a las posibilidades materiales de su autor, como bien apunta Martha Hildebrandt: «Si Bolívar hubiera escrito, o dictado íntegramente, cada uno de los documentos que firmó en su vida... no hubiera tenido materialmente tiempo para ganar batallas y organizar naciones»⁵.

Es imposible entonces que todos los textos incluidos en las obras completas fueran, desde una cierta perspectiva estricta, totalmente escritos por Bolívar, así como otros que no habían llevado su firma se sabe que fueron obra suya⁶. Sus escritos dependieron, en el momento, de varios amanuenses que intervinieron de manera más o menos directa en la redacción, sometida a la vez a las limitaciones culturales y de transmisión de ellos, y a las urgencias del momento⁷. Vale la pena transcribir algunas de las insistentes aclaraciones de Bolívar al respecto: «Firmé la carta sin leerla, como lo hago muy frecuentemente cuando estoy de prisa, y sucede también que tengo que enmendarlas cuando las leo, porque Martel se olvida de las palabras y pone las que (se) le ocurren», dice en carta al General Córdoba el 30 de julio de 1829. Y a O'Leary: «Ud. extrañará el estilo, pero esto depende del redactor, pues yo no he podido dictar la carta por ocupación... Perdone Ud. la dureza del estilo» (Bogotá, 23 de marzo de 1830)⁸.

Irregular es el origen de los textos. También es irregular el destinatario: hay cartas -como es habitual en el género- destinadas a la lectura privada de una sola persona o de varias; cartas privadas cuya publicación recomienda o cartas escritas directamente para la prensa o para un público amplio. A ellas se sumaron en su época, las cartas adulteradas del Libertador usadas para desprestigiarlo, como las publicadas por José Domingo Díaz en la *Gaceta de Caracas*⁹, o bien las que se le atribuyeron, como las aparecidas en francés en *Le Voleur* de París en 1938, por mediación de Flora Tristán y cuyo destinatario fue aparentemente, Teresa Laisney de Tristán y no Fanny du Villars, como en un principio creyó Lecuna. A este complejo cuadro de destinatarios debemos agregar, porque importa para el análisis de su escritura y no es un rasgo meramente ocasional, aquellas en las que mezcla y presupone, o explícitamente indica, un destinatario que se concreta a partir de otro. Escribe a Heres:

Sobre la marcha de usted a Chile, diré francamente que no le conviene en modo alguno, porque no lo van a considerar a usted como un agente de Colombia, sino como un espía mío. Por lo mismo, yo aconsejaría a usted que le escribiera al general Santander diciéndole el estado de las cosas, y que si quería darle comisión fuese más bien donde yo estuviese, pues usted conmigo es más útil a Colombia y considerado por lo mismo *como debe ser* (el subrayado es del Libertador). Para persuadir mejor al general Santander, podría usted mandar esta carta original...» (Cuzco, 9 de julio de 1825).

Así, la confianza otorgada al primer destinatario refuerza la autoridad de un mensaje que está dirigido al segundo.

Las cartas, además, corrían el riesgo de caer en manos del enemigo, de allí que generaran reserva, sobreentendidos, etc., comunes en este tipo de materiales. Bolívar mismo ironiza sobre ello cuando escribe a J. Ricardo (Kingston, 7 de noviembre de 1815): «Por diferentes conductos he tenido la satisfacción de dirigir a Ud. algunas letras, que entiendo no ha recibido, habiéndose sin duda perdido con las otras cartas mías que han sido interceptadas, quizás por mis amigos los españoles».

Y una última cuestión de indiscutible importancia. A lo largo de su vida el Libertador pidió que no se publicara su correspondencia. Así le dice a Santander el 21 de octubre de 1825: «No mande Ud. publicar mis cartas, ni vivo ni muerto, porque ellas están escritas con mucha libertad y con mucho desorden», y un año más tarde: «Nada me gusta que se dé al público mi correspondencia privada. Creo que es una violación de la fe de la amistad. En Europa esto es un crimen». Del mismo modo ordena en su testamento que se destruyan sus papeles. Sin embargo, la gran cantidad de cartas que escribió aseguraban, y esto no podía escapar a Bolívar, la pervivencia de un buen número de ellas; el peso que tuvieron en su acción pública, así como el cuidado y la voluntad de estilo que muestran, como más adelante desarrollaremos, hacen pensar en un proyecto que excede su pretendida privacidad. En Bolívar se presenta la contradictoria percepción de la intimidad que comienza a recortarse en el siglo XVIII. El hombre de entonces se vuelve consciente de la singularidad de lo íntimo, de una vida interior que sólo se comunica al amigo, que gusta de lo secreto. Pero al mismo tiempo, esa intimidad empieza a desacralizarse y a manifestarse abiertamente a los otros, como lo testimonia su mayor ejemplo, las *Confesiones* de Rousseau.

Más allá o más acá de las cuestiones del proceso de constitución de esta escritura, importa ahora que ella se presenta al lector como una totalidad -con rasgos propios, singulares y perfectamente reconocibles- que en buena medida perfila y define al Libertador.

La valoración de Simón Bolívar como escritor es alta en la opinión de de amplios núcleos de la intelectualidad latinoamericana y provocó ya en 1913, la recomendación de un apasionado admirador, Rufino Blanco Fombona, escritor él mismo: «Los discursos y proclamas de Bolívar, lo mismo que sus cartas, fueron armas intelectuales esgrimidas por el prócer en su obra de destrucción y reconstrucción de un continente. A los intelectuales toca juzgarlos y conservarlos como legado precioso del genio»¹⁰.

Así quien recibiera de sus contemporáneos tantos poemas (el *Canto a Junín*, entre los más notables), artículos laudatorios e incluso diatribas, pasa a convertirse por imperio de su misma capacidad de escritor, en motivo de reflexión de las generaciones posteriores. Los modernistas, sus mayores figuras, lo reconocieron entre sus pares. Martí y Rodó por una parte; el primero en un discurso pronunciado el 28 de octubre de 1893: «traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalon de Pizarro»¹¹ y que al decir: «Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento»¹², está ubicando en muy alto lugar su escritura y asumiendo de algún modo una articulación del hombre enamorado, el escritor y el Libertador, cualidades en las que ambos se identifican. Y éste es el mérito que le reconoce Rodó junto con la sensibilidad del artista: «Tan interesante como la aptitud política es, entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria»¹³.

Rubén Darío lo cantó en la imagen del cóndor situado en el teatro de sus mayores glorias, en el paisaje americano de los grandes ríos y las grandes montañas. Y José Asunción Silva elige para su poema el momento de la oscuridad y la derrota. No es casual que un movimiento literario genuinamente americano, revolucionario en su escritura como el modernismo, asuma con tanta consecuencia la personalidad compleja y múltiple de Bolívar escritor. Así, quien fuera sujeto de la literatura, hacedor de literatura él mismo -en tanto buscó en la complejidad significativa de la palabra conmover, excitar, movilizar las pasiones y los sentimientos, ex-

plicar, convencer- se convirtió en su objeto, como señala Luis Alberto Sánchez, quien lo considera «por derecho propio, entre los grandes escritores americanos»¹⁴. Y agregaríamos nosotros que en los antes mencionados, el espectro de todo el mundo americano se va dibujando más o menos nítidamente. Ecuador, Venezuela, Cuba y Uruguay; Nicaragua, Colombia y Perú. No hay un país americano que no haya cantado al Libertador en sus figuras mayores y menores y en todos los momentos de sus respectivas historias literarias.

Entre nosotros apenas a quince años de la muerte de Bolívar, Domingo F. Sarmiento en su *Facundo* lo propone como modelo de héroe para la literatura americana: «Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio. [...] Bolívar es, todavía, un cuento forjado sobre datos ciertos: Bolívar, el verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que, cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún»¹⁵.

De opiniones más recientes, su compatriota Uslar Pietri alude a un rasgo fundamental: «Tenía en grado excelso el don de expresión de los grandes escritores. Lo que hacía correspondía a un pensamiento luminoso y se manifestaba en una expresión viva y hermosa. Sentía las voces»¹⁶. Esa capacidad de sentir las voces sólo es accesible a quien esté muy atento a la música de las palabras, a la posibilidad de significación que encierran los más mínimos matices. En su recorrido americano Simón Bolívar va incorporando formas propias de Colombia o Perú, colombianismos y peruanismos que agrega a sus propios modos venezolanos con clara conciencia lingüística. Aunque no lo asimila de manera definitiva a sus textos más generales, ese léxico es herramienta expresiva de primer orden en las proclamas, discursos, oficios, arengas y cartas regionales. Algunos términos están vinculados a las circunstancias geográficas, climáticas, el trabajo y naturalmente la guerra. Tales por ejemplo: soroche, puna, pampa, tambuco, coca, gamonal. Algunos venezolanismos como *cocuiza* aparecen en cartas de ese período para referirse al cuidado de los caballos. De algún modo los ejércitos libertadores realizaban desde el punto de vista de la lengua una integración que muchas veces tuvo arraigo. Martha Hildebrandt, cuyo insustituible trabajo seguimos en este aspecto, recoge dichos que se hicieron populares en Perú, como por ejemplo: *ser más engreído que el*

Palomo (ser más mimado que el caballo de Bolívar -Palomo-); *gastar más que el Libertador en agua de Colonia*; la carta del Libertador con el significado de «darle a uno con la puerta en las narices» (véase nota 24).

Tiene por supuesto incorporadas las más antiguas palabras indígenas, que ya pertenecían al español de descubridores y conquistadores, así como latinismos y anglicismos corrientes en la época. Hubo quienes desde un estrecho concepto de purismo pretendieron invalidar sus textos bajo la acusación de afrancesamiento, sin tener en cuenta que toda la lengua de la época, tanto en América como en España misma, estaba penetrada por la influencia del francés, que era el espíritu de la revolución de 1879. Muchos de esos «galicismos» expresaban nuevas realidades; «ciudadano» y «patriota» encerraban nociones cercanas al espíritu de emancipación y por supuesto debían ser recusadas y negadas como extranjerizantes desde el centro de un poder imperial que aspiraba a perpetuar a sangre y fuego su dominio. La gran mayoría de esas nuevas palabras que hoy integran el lenguaje corriente formaban parte de un fondo cultural en el campo americano, pero otras fueron incorporadas audazmente por Bolívar, quien también aquí abrió rumbos incluso creando, a veces con un sentido juguetón o irónico, nuevas voces que tuvieron mayor o menor fortuna; por ejemplo cuando deriva del nombre de Riva Agüero y para definir a sus partidarios, el adjetivo *agüero*: «...dé Ud. por concluida la guerra agüera». También es el primero en valerse del término *coloniaje*. A veces va hacia el pasado y resucita, siempre en busca de ciertos matices expresivos, palabras antiguas ya en desuso, arcaísmos en su propia época.

El ambiente del siglo XIX era bastante propicio para la penetración de voces extranjeras en todas las expresiones literarias; en ese sentido entonces la creatividad de Bolívar seguiría un cauce favorable. Sin embargo no se puede decir lo mismo respecto de las voces familiares de la vida americana, los americanismos. Señala Angel Rosenblat: «La jerarquía de las palabras y su separación en castas era bastante estricta y contrasta notablemente con la actitud actual. Bolívar tenía además demasiado despierta la conciencia lingüística para que penetran subrepticamente en su habla expresiones familiares por simple descuido»¹⁷. Bolívar es consciente de la separación de estilos de matriz neoclásica, evidente en su carta a Heres del 14 de agosto de 1825:

La refutación de Brandsen me ha parecido muy bien; está bien escrita en general y tiene rasgos magníficos, picantes y crueles. No me parece que tiene otro defecto sino el de la falta de dignidad de algunas expresiones, como *tapaboca* y otras vulgaridades semejantes que no son elegantes ni brillantes. Para la sátira más cruel se necesita nobleza y propiedad, como para el elogio más subido. Vea Ud. 'el aire agresor que Dios le ha dado', tiene toda la belleza y toda la acrimonia que se necesita para este estilo; otros pasajes son igualmente hermosos. El papel está brillantemente escrito, y con muy pocas correcciones sería perfecto.

Es por otra parte muy cuidadoso de sus propios textos en los que realiza correcciones antes o incluso después de su publicación si lo considera necesario¹⁸; recomienda diferentes tipos de discurso para situaciones diferentes, como por ejemplo cuando dirige a Sucre desde Arequipa, el 15 de mayo de 1825, una interesante carta acerca de la fundación de Bolivia. Le pide que escriba una proclama y señala expresamente: «Todo esto debe usted adornarlo con la elegancia militar de un soldado que habla a hombres civiles». Sabe, por lo demás, reconocer su propio estilo y definirlo en sus rasgos más característicos. Le comenta así a Santander el 20 de mayo de 1825, en relación con las detracciones de M. Mollien: «Dicen que soy difuso; mejor diría que no era correcto, pues realmente no lo soy por precipitado, descuidado e impaciente; no sé cómo puede ser difuso un hombre impaciente y precipitado. Yo multiplico las ideas en muy pocas palabras, aunque sin orden ni concierto».

Asimismo ha dejado registrada la importancia que daba al proceso de elaboración de algunos de sus textos. Al mismo interlocutor: «Y mi discurso será igualmente muy fuerte y muy liberal. Estoy recogiendo materiales para hacer una obra regular: desde luego, creo que será mejor que el de Angostura, porque tengo más materiales acopiados».

Tiene conciencia muy clara de la función pública que cumple la escritura en la lucha política, una función que es típica de la propaganda revolucionaria. De ahí que valore y se ocupe especialmente del periódico («papel» o «papel público» en el lenguaje del momento), siendo en esto también hombre de su época. El siglo XVIII fue el del comienzo del periodismo en América. *El Mercurio* de México es de 1740, la *Gaceta de Lima* de 1743. Bolívar -que mantenía una información sumamente actualizada sobre los sucesos mundiales gracias a los periódicos ingleses y franceses, algunos de Estados Unidos y, en general, americanos- aparece

escribiendo en muchos de ellos, contestando a sus detractores, preocupándose por la buena o mala prensa que pudiera tener y utilizándola como instrumento eficaz de propaganda y en ocasiones de contrinformación. En muchísimas de sus cartas a Sucre, Salom, Santander y otros, les manda los periódicos que ha leído con comentarios. En distintas oportunidades envía opiniones que desea sean vertidas en la prensa: «Esto mismo se puede decir en una Gaceta, en términos más rodeados y explicados» (carta a Heres, Cuzco, 25 de julio de 1825). Recordamos sus recomendaciones a Muñoz Tovar en 1824, para la *Gaceta de Caracas*; la carta a Santander en 1820, sobre la *Gaceta de Bogotá* y principalmente los consejos a Heres para la reorganización de *El Observador* de Lima en 1825. Opina acerca del tamaño más adecuado para un periódico y sugiere una división en columnas de acuerdo a los temas y el orden de importancia insistiendo en la necesidad de que se comuniquen noticias «que son las que interesan». También propone la inclusión de secciones en que se atraiga la atención del público e insiste en la necesidad de informar sobre los asuntos legislativos. Hace observaciones de gran modernidad respecto del estilo periodístico: «Los artículos deben ser cortos, picantes, agradables y fuertes» y además requiere que se adecue a los temas y que «se organice con elegancia, gusto y propiedad». No olvida por lo demás, el dinero «para proteger las letras».

Pero quizá los testimonios más ejemplificadores de su voluntad y conciencia de escritura sean los que se refieren a su experiencia como crítico de literatura. Se conservan dos ejemplos en muy conocidas cartas; una, la que dirige a José Fernández Madrid desde Bogotá (13 de noviembre de 1827), informándolo de los acontecimientos en Colombia; allí curiosamente concede tan alto valor a la palabra, que atribuye a una proclama suya los méritos de la acción militar de César: «partió, llegó y venció». Precisamente como adición de esa carta figura su comentario a una obra de teatro de Fernández Madrid: *Guatimoc*. «Veo en él un monumento de genio americano; pero diré a usted lo que siento sin ser poeta: hubiera deseado más movimiento, más acción en la escena. Generalmente hablando, el pueblo no gusta de acciones tan sencillas que dan tan poco trabajo al pensamiento, que desea divertirse en su propia curiosidad y en el efecto de la catástrofe». En primer lugar, rescata el carácter americano del texto; el americanismo aparece en la elección del protagonista -Cuauhtémoc, héroe de la resistencia de los mexicanos al conquistador

español-, pero después critica la falta de movimiento y de acción de la escena; ataca sutilmente pero con franqueza la discursividad y el carácter estático de las formas neoclásicas en el teatro.

Las otras dos cartas famosas están dirigidas a José Joaquín Olmedo y fueron escritas desde el Cuzco el 27 de junio y el 12 de julio de 1825, respectivamente. Las consideramos como una unidad ya que en ambas el tema principal es el análisis de *La victoria de Junín*, dedicado a Bolívar. Se da así el hecho curioso de que el héroe *real* de la historia y el objeto del poema, sea al mismo tiempo su crítico; un crítico lúcido e insobornable que no escatima ironías ni severos juicios.

El canto de Olmedo aparece como uno de los puntos más altos de la poesía neoclásica en América, sin embargo, vista desde la perspectiva actual, la literatura de la revolución no pasa tanto por allí sino por textos que como los de Bolívar y otros del mismo carácter están a medias entre el documento y la literatura. Esta literatura «espuria», junto con la poesía popular surgida también al calor de la guerra, como los célebres cielitos de Hidalgo, constituyen las bases más productivas de la literatura nacional, con su marca de heterogeneidad, de mezcla y de originalidad.

Las críticas de Bolívar a Olmedo si bien se orientan con excelente criterio, por una parte, a mejorar aspectos contemplados en la preceptiva clásica referidos al prosaísmo de ciertas estrofas, a un sonsonete que «no es lindo», a la vulgaridad de ciertos versos, a faltas a la verdad histórica y a fallas en la estructura del poema, tiene otro costado, el fundamental, que apunta al sentido de lo señalado más arriba: la búsqueda de lo esencial americano, de lo original, lo distintivo.

así Bolívar ironiza la concepción poética que hace de héroes de carne y hueso -él y sus generales- héroes de la épica griega: «Ud. nos ha sublimado tanto que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes». En sus escritos aparece lo grecolatino -en la elección de personajes clásicos- con valor de ejemplaridad; no hay citas o comparaciones simplemente porque confieran dignidad al texto, sino que resulta destacado lo ejemplar, considerado desde la utopía del republicanismo revolucionario.

En una carta desde el Cuzco, se permite una serie de reflexiones: «los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de

que no tenemos idea, ni modelo ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres». Confiesa: «mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza», expresa así otra sensibilidad, está anunciando al héroe individual en relación íntima con el mundo natural, y frente a lo indígena prefigura el indianismo que intentó una valoración del pasado precolombino. Desde tal convicción, objeta a Olmedo: «no me parece propio que (Huayna Capac) alabe indirectamente a la religión que le destruyó; y menos parece propio aun que no quiera el restablecimiento de su trono por dar preferencia a extranjeros intrusos, que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a Ud. nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza». La expresión coloquial «no se lo pasa a Ud. nadie», con el significado de «no se lo perdona o no se lo tolera a Ud. nadie», junto con el arcaísmo «fazafia» unas líneas más abajo, refuerzan la crítica a la inverosimilitud y a cierto engolamiento del poema y además ironizan. Antes de la ironía había adquirido el carácter de abierta burla: «Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal».

Los juicios estéticos de Bolívar se sustentan en una práctica textual que se hace acreedora -creemos- de la definición elaborada por Ángel Rama para la poesía de la emancipación: «Se reintegra la poesía al cauce de la lengua hablada y por lo mismo se abastece de un riquísimo repertorio de comparaciones, tropos, frases hechas, refranes, ritos lingüísticos, que integran el acervo creador popular. La vivacidad y el realismo gozoso de estas invenciones no tienen comparación posible con el sistema referencial acartonado de la poesía neoclásica..., permitiendo en cambio una fecundación artística y una apertura realista... Si en Bartolomé Hidalgo y en los poetas anónimos del período, tal solución estética alcanza plenitud artística, dentro de la general modestia de la época, es porque allí se trasunta la más auténtica y promisoria forma de la americanización... Se trata de los primeros ejemplos de mestizaciones literarias que conoce nuestra América. No otra cosa han sido las mayores creaciones artísticas»¹⁹.

Los escritos de Bolívar remiten a una antigua polémica acerca de su cultura. Se ha dado mucha importancia al tema a veces desde perspectivas académicas que no parecen en general las más aptas y mucho menos

para juzgar una figura tan original y compleja como la del Libertador. Cuando él mismo tuvo que defenderse de M. de Mollien, mencionó los numerosos autores que había leído y estudiado. Excepto Rousseau, son los grandes nombres de la Ilustración europea. También se han estudiado las bibliotecas que lo acompañaron en sus campañas, los libros que dejó en herencia o donación, el contenido de las bibliotecas familiares, etc.²⁰. Lo más claro es algo que el mismo Bolívar señala: «aunque por otra parte, yo no sé nada, no he dejado, sin embargo, de ser educado como un niño de distinción puede ser en América bajo el poder español». De las limitaciones de esa educación tenemos las opiniones de un espíritu ilustrado, Miguel José Sanz y las *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento*, elaboradas por Simón Rodríguez. En ambos textos se advierte la influencia del espíritu que también en España animaba los escritos de Jovellanos, Campomanes y otros. Dice el patriota caraqueño Sanz: «El sistema de educación es generalmente muy malo. Antes que el niño pueda pronunciar su cartilla con propiedad, o leer lo que es demasiado joven para poder entender, o hacer unos cuantos palotes con la pluma, le ponen entre las manos la gramática de Nebrija, sin reflexionar que sin saber hablar su lengua nativa, leer, escribir o contar, es ridículo ponerle a la lengua latina, o hacerle que se aplique al estudio de las ciencias que enseñan en la universidad...»²¹. No es el caso de Simón Bolívar quien lee y escribe perfectamente el francés y que además «es dueño y señor de todos los recursos expresivos de su lengua, y la maneja como un bien propio» como señala Ángel Rosenblat, pero sí el de otros, como se lamenta el Libertador en carta a Santander al referirse a uno de sus escribientes: «el amanuense, con ser un doctor muy instruido, no sabe escribir» (Guayaquil, 30 de mayo de 1823).

Agrega más adelante el mismo Sanz: «Creen que todas las ciencias se hallan contenidas en la Gramática Latina de Nebrija, en la Filosofía de Aristóteles, en los Institutos de Justiniano, en la Curia Filípica y en los escritos teológicos de Gonet y Larraga»²².

Por este y otros ejemplos, veremos que la Ilustración en América significó claramente una ruptura con el mundo de la escolástica y se realizó bajo el signo liberal. Las luces adquirieron el sentido de lucha contra la intolerancia, ansia de progreso, reforma educativa; su espíritu en las colo-

nias americanas debía llevar necesariamente a la emancipación. Bolívar se educó de manera asistemática es cierto, dentro de los límites de esa cultura en quiebra, en crisis, en ruptura, y superó esos mismos límites por el nuevo acento que pusieron en él la revolución francesa y las ideas roussonianas. Su experiencia europea en la corte madrileña y en los salones de París le permitieron vivir desde dentro el siglo de las luces y conocer a algunos de sus protagonistas: Humboldt, Bonpland, Gay Lussac, Eugenio de Beauharnais... Palpó en sus mismas entrañas el mundo de las dos grandes revoluciones: la francesa y la industrial, y alcanzó a percibir algunas de sus limitaciones y contradicciones. Justamente la debilidad de su formación sistemática se constituyó en virtud posibilitando que encarnaran en él, naturalmente, muchos de los rasgos de la modernidad para la que de algún modo lo había preparado Simón Rodríguez. Bolívar lo reconoció así con emoción y generosidad no exenta de amable ironía en la famosísima carta de Pativilca: «¡Oh, mi amigo! ¡Oh mi Robinson! (...) Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. (...) Venga usted al Chimborazo...» (enero 17 de 1824). Pero no sólo allí; recorriendo el epistolario veremos su preocupación por el bienestar económico, el traslado de sus libros, la ubicación no siempre fácil de su original maestro.

Podríamos decir que, en cierto sentido, la experiencia cultural y espiritual de Bolívar halla sus puntos extremos en dos textos: «El juramento del Monte Sacro» y «El delirio del Chimborazo». En tanto el primero llega a nosotros transcrito, atribuido, por Simón Rodríguez (y es uno de los casos límite de conformación de sus escritos), el otro expresa la intención explícita de hacer literatura: «Vuelvo a ser hombre y escribo mi delirio».

Ambos escritos «son dichos» en un espacio simbólico y al que se accede luego de un trayecto que califica al héroe. Son dos espacios claves, y en cierto sentido opuestos para ese recorrido espiritual del Libertador. Se llega al Monte Sacro a través de senderos transitados, cargados de historia, recorridos por famosos peregrinos que emprendían el viaje humanista hacia Roma, monumento vivo del origen de una cultura. Se asciende al Chimborazo en medio de la naturaleza brava, virginal, no hollada por el hombre; se asciende como desafío y en comunión. Sólo pioneros en el conocimiento de la naturaleza americana, Humboldt y La Condamine,

ofician de guías: «arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empujando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo». Recordemos que el contacto con la montaña y su ascenso fueron empresas privilegiadas, de excepcionalidad en su siglo. Este ascenso tiene ese carácter de experiencia individual única, que culmina en un estado casi de trance en el cual el héroe dialoga con el Tiempo. La culminación del viaje europeo es la asunción responsable del compromiso, se concreta en un juramento ante la Roma republicana. El segundo excede la dimensión racional, pone en juego otros modos y otras posibilidades humanas, esas que habían privilegiado «las almas sensibles», y que estallarían en todas sus posibilidades con el romanticismo.

El 10 de noviembre de 1824, Bolívar está en Chancay, en las sierras del Perú. Acaba de vencer a los godos «sin quemar un grano de pólvora». Es un día cualquiera, nada lo califica particularmente, ni el riesgo extraordinario ni la batalla decisiva. De ese día, elegido al azar, se conservan ocho cartas que constituyen una buena muestra de los diferentes temas y tonos presentes a lo largo de toda su correspondencia. Ellas van concretando además, una imagen de Bolívar, la que surge de su escritura, y a la cual nos referiremos más adelante.

Varias cartas responden a la necesidad de cumplir con mayor o menor cortesía o afecto a ineludibles formalidades de la vida social —pésames, felicitaciones, etc.—. En una habilísima esquela de su agradecimiento al obispo de Mérida y en otra, a José Manuel Restrepo por la dedicatoria de su *Historia de Colombia*; en las dos siguientes, felicita a Mercedes Mutis por su reciente enlace y a Joaquín Mosquera por su próxima boda. Más allá del formulismo canónico previsible, estas cartas proporcionan una rica gama de indicios sobre destinatario y autor. En la carta a Mosquera, por ejemplo, los buenos deseos dan paso a una visión idílica del amor consumado en la intimidad del campo y la naturaleza, que nuevamente revela coincidencia con esa vertiente espiritual del siglo XVIII, esa «metafísica del sentimiento» tan minuciosamente analizada por Gusdorf.²³ En todas ellas también, se dibuja el mundo cultural de Bolívar, esa cultura vivida, a la que ya hicimos referencia.

Similares por su tono a estas últimas son las cartas galantes, remansos para la frivolidad, el humor o la broma, entre las que se destacan las dirigidas a las señoras Garaycoas: «La iglesia se ha apoderado de mí; vivo en un oratorio; las monjas me mandan la comida; los canónigos me dan de refrescar; el Te Deum es mi canto y la oración mental mi sueño, meditando las bellezas de la Providencia dotadas a Guayaquil (de aquí son las Garaycoas y Manuela Sáenz), y en la modestia de las serranas que no quieren ver a nadie por miedo del pecado. En fin, amigas, mi vida es toda espiritual, y cuando Uds. me vuelvan a ver ya estaré angelicado.» (14 de septiembre de 1822).

Son pocas, en cambio, las cartas amorosas de Bolívar que han llegado a nosotros. De todos modos, en las que envía a Manuela Sáenz asoma un Bolívar apasionado y juguetón, interesante de rescatar no sólo para humanizar su imagen, sino porque este tipo de legado permite reconstruir un período con todos sus matices: «Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti; no puedo privarme voluntariamente de mi Manola. No tengo tanta fuerza como tú para no verte; apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de ti. Ven, ven luego, tuyo de Alma» (sin fecha). Con el fin arriba expresado, se puede citar una carta de Manuela Sáenz a su marido que al lector moderno puede parecer excepcional para la época (y quizá lo sea)²⁴.

Algunas cartas familiares, especialmente las que envía a su hermana María Antonia, tienen similar interés. De ellas se destaca la que escribe a su tío Esteban Palacios al saberlo de vuelta en Venezuela. Los recuerdos felices de su madre y su infancia en Caracas se unen al dolor por la ciudad ahora destruida. Estos sentimientos encontrados alcanzan perfiles realmente dramáticos: «Mi querido tío, Ud. habrá sentido el sueño de Epiménides: Ud. ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la tierra cruel, de los hombres feroces... Ud. dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria... Ud. lo encuentra todo en escombros... Todo en memorias (...) ¿Dónde está Caracas? se preguntará usted. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad, y están cubiertos de la gloria del martirio.»

De ese 10 de noviembre quedan dos cartas que clasificaremos como amistosas. A Fernando Peñalver: «En esta infausta revolución tan infausta

es la derrota como la victoria; siempre hemos de derramar lágrimas sobre nuestra suerte; los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros ¿cuándo? Semejante a la corza herida llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio; porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña.»; y al marqués de Toro: «El porvenir es mi tormento; es mi suplicio (...) Por acá hemos sido felices en esta campaña (...) Entienda Ud. mi querido marqués que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio...».

Son estas cartas amistosas, en las que afloran el sentimiento y la reflexión íntima sobre sí y sobre el sentido de la empresa revolucionaria, en el estricto ámbito privado, las que consideramos sus textos más inquietantes, más desgarradoramente bolivarianos. Basta revisar sus cartas a Diego Ibarra o al mariscal Sucre. Justamente a éste confiesa la importancia que otorga a la amistad, sin dudas el sentimiento del cual dejó testimonio más profundo, junto con el de su ansia de gloria: «Si aquí no podemos hacer nada por el bien común, el mundo es grande y nosotros tan pequeños que cabremos en cualquier parte. Venga Ud. a correr mi suerte, si querido general, todo nos ha unido, no nos separará, pues, la fortuna: la amistad es preferible a la gloria». (Caracas, 8 de junio de 1827).

Si las cartas amistosas revelan el más auténtico Bolívar íntimo, mejor dicho, el espacio interior en el que revierte el hombre público, el Bolívar libertador y político, el hombre social -para usar una expresión cara a la época-, las cartas políticas, por su parte, podrían considerarse la imagen especular de aquellas.

Sorprende el magistral manejo de Bolívar de un amplísimo repertorio de modulaciones que, casi siempre, convergen para lograr un efecto de fuerza, de ímpetu, que se constituye al filo de contradicciones rotundas y de imágenes desaforadas, dando al todo el dramatismo de un sujeto que pareciera enfrentar, al mismo tiempo, la esperanza de la libertad y la gloria, con la seguridad de la anarquía y la ruina; el convencimiento del sentido de su sacrificio y la convicción de un futuro destierro; la fe de dar nueva vida al mundo americano y la dolorosa certidumbre de cabalgar con la muerte auestas. Baste citar la carta a Santander del 23 de enero de 1824: «No, amigo, no puede ser: ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras, yo debo apresurarme a ir a esconder mi cabeza entre las tinieblas del olvido y del silencio, antes que del granizo de rayos

que el cielo está vibrando sobre la tierra, me toque a mi uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada. «Y también: «Ya me tiene usted comprometido a defender a Bolivia hasta la muerte como a una segunda Colombia. De la primera soy padre, de la segunda soy hijo: así mi derecha estará en las bocas del Orinoco, y mi izquierda llegará hasta los márgenes del río de La Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos, pero mi corazón se hallará siempre en Caracas...» (A Mariano Montilla, 26 de septiembre de 1823).

Y si bien es cierto que los discursos y otros textos públicos, se imponen por el rigor de su verdad intelectual, por el análisis y comprensión de lo real -que surge de la revisión de los hechos, de sus antecedentes, de sus posibles consecuencias- de acuerdo con el rechazo a la abstracción y con el recelo frente a la aparente perfección de modelos ajenos, según criterios constantemente sustentados por Bolívar (desconfiado siempre de las «repúblicas aéreas» y de los «suaves filósofos»); si bien es cierta entonces esta primacía de la razón, no lo es menos que el efecto de necesidad, de la importancia de la elección o del riesgo del error, se imponen en un discurso que hace de la antítesis sentenciosa, del ímpetu con que se agolpan las frases su más eficaz marca de estilo: «Supongo que ya la emigración habrá aparecido ahí, y, sin duda, en un estado bien lamentable. Paciencia, y procuremos remediar radicalmente el mal. Formémonos una patria a toda costa, y todo lo demás será tolerable». (A Luis Brion, Puerto Príncipe, enero 2 de 1816).

Bolívar suele ir derecho al grano, sin rodeos digresivos, sin un regodeo retórico que debilitaría sus frases. Generalmente prefiere el relato escueto y objetivo de los episodios, también si conlleva una segunda intención, como, por ejemplo, el reproche y la demanda que encierra este comienzo de su carta a Santander del 10 de noviembre de 1824: «He vuelto de mi campaña con demasiada fortuna; pero sin un suceso decisivo por falta de un número suficiente de tropas». El entusiasmo, el tono confidencial, impetuoso, que aparece en sus primeras cartas, como en esa espléndida que envía a Miranda el 14 de julio de 1812, después de haber perdido Puerto Cabello: «Mi cabeza, mi corazón no están por nada... Después de haber perdido la última y mejor plaza del estado ¿cómo no he de estar loco, mi general? ¡De gracia no me obligue Ud. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta.», que podrían remitirse

a un rasgo juvenil, es realmente recurso individualísimo. Incluso hoy sorprende con su impresión de franqueza: «Ud. no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, y en medio de una tormenta como ésta, represento la senectud. Además, me suelen dar, de cuando en cuando, unos ataques de demencia aun cuando estoy bueno, que pierdo enteramente la razón...» (A Santander, 7 de enero de 1824).

También lo caracteriza la frase sinuosa, la flexión persuasiva que se combina con la expresión coloquial o con la metáfora grandiosa y brillante, que apela con frecuencia a lo monumental, a la naturaleza bravía y poderosa.

En ese día 10 de noviembre al que hemos hecho referencia, Bolívar escribe una carta Mariano Montilla y otra al general Santander. Es en ocasiones como esta última, cuando las tensiones políticas se conjugan con un interlocutor de pareja envergadura -Santander, el llanero Páez, etc.- donde encontramos los mejores ejemplos de esa otra vertiente de su producción, que tanto sorprende al lector actual por su sentido de inmediatez, por la presión como sólo hallamos en los escritos políticos de escritores de la envergadura de Martí o Sarmiento. Dice en esa carta, con franqueza: «Creo que, por el bien de nuestro reposo mutuo, debemos ahogar en el olvido todo lo pasado. Vamos al caso: al caso del día.» y en otra, al mismo: «Amigo: este mundo se está desmoronando» (10 de febrero de 1824). Y sentencia: «Sus tropas (de los españoles) marchan como gamos. Las nuestras son como perezas». Y la metáfora desmesurada: «Por todas partes me asaltan los espantosos ruidos de las caídas, mi época es de catástrofes» (a Santander, 23 de enero de 1824). En el mismo sentido se puede revisar in extenso la carta al general Páez del 8 de agosto de 1826. Un último ejemplo de amenaza velada; la carta a Gaspar Rodríguez de Francia reclamando por la libertad de Bonpland, 22 de agosto de 1823: «Sin duda vuestra excelencia no conocerá mi nombre ni mis servicios a la causa americana; pero si me fuese permitido interponer todo lo que valgo por la libertad del señor Bonpland, me atrevería a dirigir a vuestra excelencia este ruego: ¡Dígnese vuestra excelencia oír el clamor de cuatro millones de americanos libertados por el ejército de mi mando, que todos conmigo imploran la clemencia de vuestra excelencia en obsequio de la humanidad, de la sabiduría y de la justicia, en obsequio del señor Bonpland! (...) yo mientras tanto le espero con la ansiedad de un amigo y con el respeto de un discípulo, pues

sería capaz de marchar hasta el Paraguay sólo por libertar al mejor de los hombres y al más célebre de los viajeros».

Bolívar nos ha dejado un amplísimo registro de los avatares de la guerra de independencia que excede el marco estricto de su zona de combate. Conforme a su misión en esa empresa, Bolívar documenta las alianzas y los enfrentamientos en las filas criollas, así como el modo en que éstas vivieron los peligros. En sus innumerables textos aparecen a una las dificultades, las peripecias, los inconvenientes de la cotidianidad en el ejército libertador. A lo largo de los días y de los años en que combate en los más diversos lugares, desde el Caribe a la Puna, Bolívar escribe. Sabemos de la proximidad de las tropas enemigas, del peligro de nuevas invasiones, de la falta de ropa y de alimentos, de los estragos que causa el soroche o las lluvias, de los reacomodos que exige la marcha en la altura o en la planicie. El cuidado de los caballos, las herraduras, los clavos para los herraduras, el hierro y sus distintas calidades, so objeto de urgentísima atención hacia abril de 1824: «Por los malditos clavos hemos perdido todas las herraduras, una gran parte de los caballos y alguna gente; porque todo ha quedado derrotado de Trujillo a Cajabamba. Con respecto al *Regimiento del Perú* los clavos solos han destruido este Cuerpo: ¿qué serán los godos? ¡¡¡Ha de creer usted que puede ser que no podamos ejecutar el movimiento general por estos malditos clavos!!! (A Heres, 19 de abril de 1824).

El Libertador se ocupa a un tiempo de las demandas, de la organización, de los innumerables requerimientos para el avance triunfal de su ejército, y de los modos en que la independencia se propone. Ideales, proyectos, objetivos, son tema fundamental de sus escritos, cualquiera sea su carácter. No insiste en el plan de una batalla, ni en el recuerdo de su desarrollo. Más bien es el planteo de la totalidad de la guerra, del destino de América o de la Gran Colombia el centro de sus preocupaciones. De allí que el lector actual tenga frente a sí, como desplegado, el proyecto bolivariano en todas sus implicaciones. Un proyecto que se gesta tempranamente y se mantiene incommovible: concretar la independencia americana (incluida Cuba y Puerto Rico; y evitar la desmembración regional, afianzando la unidad por medio de una confederación. El congreso de Panamá y la Constitución de Bolivia son las instituciones que encarnan esos planes. Una y otra vez vuelve a esos puntos. Ha perdido su fortuna en

la guerra, y la salud, sólo quiere ganar la gloria de Libertador sostenida en la consecución plena de su proyecto. El lector actual, decimos, tiene ante sí en sus textos las luchas para cumplir su destino, y también su sentimiento de fracaso. Ese desajuste, ese desacomodo se expresa en sus escritos con intensidad desigual, sin jamás diluirse, así como no se repliega su esperanza en la lucha. Es justamente esta imagen doble que el mismo Bolívar concreta en su escritura, la que le confiere ese hálito trágico²⁵, señalado con acierto por Tulio Halperin Donghi, historiador, y Arturo Uslar Pietri, novelista.

Notas:

- ¹ Esta biografía fue escrita y difundida en Lima, luego del triunfo de Ayacucho. No lleva firma pero es evidentemente de Bolívar. Apareció por primera vez incluida en la sección de documentos del general O'Leary, vol. 1, pp. 9-15.
- ² Entre 1826 y 1833, Cristóbal Mendoza y Francisco Javier Yanes editaron la primera colección de *Documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú* en 22 volúmenes; aparece más tarde la recopilación de José Félix Blanco y luego Ramón Azpurúa publica también en Caracas los 14 volúmenes de *Documentos para la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia (1875-1877)*. Ambas colecciones recogían algunas cartas. El desdichado destino de las cartas recopiladas por Felipe Larrazábal, así como los avatares de la reunión del archivo del Libertador, se hacen presentes cuando se valora la empresa de recopilación y ordenamiento emprendida por Vicente Lecuna, ya sea en sus iniciales *Papeles de Bolívar* (Caracas, Litografía del Comercio, 1917) o en la culminación de las *Obras Completas* (La Habana, Lex, 1947, 2 vols.) Para mayores datos acerca de la historia de las ediciones de la obra de Bolívar, véase *Cartas del Libertador*, compilación y notas de Manuel Pérez Vila, Caracas, Fundación John Boulton, 1959, vol. XII (esta numeración obedece a que completa la edición de Lecuna en 11 volúmenes). Para este trabajo hemos utilizado las siguientes ediciones de las obras de Simón Bolívar: LECUNA, Vicente. *Cartas del Libertador*. Caracas, Litografía y Talleres del Comercio, 1929, 11 vols.; *Obras, cartas, proclamas y discursos*. Caracas, Ed. del Canto, 1982, 4 vols. La edición reproduce los textos fijados por Lecuna; *Cartas de Bolívar*, Notas de R. Blanco-Fombona, Madrid, Editorial América, 1921, 2 vols. y *Doctrina del Libertador*. Prólogo de Augusto Mijares. Compilación, notas y cronología de Manuel Pérez Vila, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2ª ed., 1979. De nuestra citas indicaremos solamente la fecha y lugar de escritura de la carta.
- ³ Al respecto, véase el excelente trabajo de Martha Hildebrandt, *La lengua de Bolívar*, I *Léxico*, Caracas, Instituto de Filología Andrés Bello, 1961.
- ⁴ Citado por R. Blanco-Fombona, *Cartas de Bolívar*, cit., p. 118.

- ⁵ *Ob. cit.*, p. 15.
- ⁶ «Hizo una preciosísima caricatura literaria del discurso presidencial de Rivadavia, quien derramaba todo su encanto contra el Libertador, valiéndose de pluma ajena», cuenta O'Leary en *Narración*, vol. 2, p. 586. El artículo de Bolívar ha sido recogido por Lecuna en *Papeles de Bolívar*, pp. 310-314.
- ⁷ Dice a Mariano Montilla desde Rosario de Cúcuta el 21 de julio de 1820: «Tengo tanto que decir a Ud. que no sé cómo continuar; pues al mismo tiempo estoy obligado a despachar muchos correos a todas partes, y contestar muchas comunicaciones, todas interesantísimas y plausibles...»
- ⁸ «Fueron sus amanuenses, aparte de los ocasionales -amigos o edecanes, como Sucre o Briceño Méndez-, el ya mencionado Martel, Andrés Ibarra, Diego Ibarra, Demarquet.
- ⁹ Véase Planchart, Julio. *Temas críticos*, Caracas, Dirección de Cultura, 1948, p. 47.
- ¹⁰ Blanco-Fombona, R., «Bolívar, escritor», *Simón Bolívar. Discursos y proclamas*. Paris, Garnier, 1923, p. VI.
- ¹¹ Martí, José. «Bolívar», en *Nuestra América*, Buenos Aires, Losada, 1980, p. 83.
- ¹² Martí, José. *Ob. cit.*, p. 83.
- ¹³ Rodó, José E., «Bolívar» (ensayo publicado en 1912 y recogido en *El mirador de Próspero*, Montevideo, 1913), en *Rodó, su americanismo*. Antología y prólogo de Arturo Ardao, Biblioteca de Marcha, Montevideo, 1970.
- ¹⁴ Sánchez, Luis Alberto. *Historia comparada de las literaturas americanas*. Buenos Aires, Losada, 1973. Tomo II: «Del naturalismo neoclásico al naturalismo romántico», pp. 227-232.
- ¹⁵ Sarmiento, D. F. *Facundo*. Buenos Aires, Estrada, 1940, pp. 16-17.
- ¹⁶ Uslar Pietri, A., «Bolívar», en *Veinticinco ensayos*, Caracas, Monte Ávila, 1969, pp. 89-97.
- ¹⁷ Rosenblat, Ángel. «Presentación», en Hildebrandt, M. *Ob. cit.*
- ¹⁸ Solicita al *Argos* una corrección: «El capítulo errado dice: 'y el registro a que mi nombre ha dado principio continuará con nombres igualmente ilustres...'. Y el período entero debería decir: 'Los soldados que han militado bajo mis órdenes están animados de mis mismos deseos, y el registro a que mi nombre ha dado principio continuará con nombres verdaderamente ilustres e igualmente devotos de la causa de la América. Este error ha sido del escribiente. Es enteramente contrario a mis ideas y jamás podré yo atribuirme el título de ilustre», en *Cartas de Bolívar*, vol. I, p. 379.
- ¹⁹ Rama, Ángel. «Condiciones sociales de las formas literarias en la literatura de la emancipación», en *Literatura de la emancipación*. 2ª Sesión del XV Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana, UMNSM, 1971, pp. 95-96.
- ²⁰ Cfr. Pérez Vila, Manuel. *La formación intelectual del Libertador*. Caracas, Ministerio de Educación, 1971.
- ²¹ *Pensamiento de la Ilustración*. Compilación, prólogo, notas y cronología por José Carlos Chiaramonte, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 396.
- ²² *Ibidem*.
- ²³ Gusdorf, Georges. *Naissance de la conscience romantique au siècle des lumières*. Paris, Payot, 1976.

- ²⁴ «¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad? (...) ¿Me cree usted menos honrada por ser el mi amante y no mi marido? ¡Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.» (Cfr. la carta completa en *Cartas de Bolívar*, cit., pp. 95-96, vol. II).
- ²⁵ «A los veintidós años era ya un hombre íntimamente desesperado y, pese a su aparente movilidad de carácter, este rasgo estaba destinado a durar» (Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 3ª ed., 1972, p. 116), y «Es una de las almas más cargadas de ser trágica que hayan conocido los hombres». (A. Uslar Pietri, *Ob. cit.*, p. 89).